

Doña Fefa: “lo prometido siempre se cumple”

Juan R. Horta Collado

–Aito, Aito, Aitooo...

–Dime, nene, ¿qué pasa?

–Van a tumbar el árbol de mangó enorme, que se ve desde la carretera.

–¿Cuál árbol?

–El que está en el terreno baldío frente a la urbanización en el camino nuevo.

–¡Ahh, ya sé! ¡Qué lástima! Ese árbol tiene su historia. Me atrevo a apostar que es parte del progreso. ¡Uh, maldito progreso! Um... papá me decía que en su niñez, tanto a mis tíos como a él, mi abuelo que tenía permiso de los dueños del terreno, los enviaba a coger mangoes verdes; los usaban para hacer dulce y jalea. Me contaba tu bisabuelo que, de tantos palos de mangoes que había, se pasaban de un árbol a otro sin tener que bajar al suelo. Recuerdo gran parte de esos palos, pero también se me viene a la mente la gran cantidad de otros árboles frutales y de café; y, en la bajura o parte llana, se cultivaba una gran extensión de tierra en caña de azúcar.

–¿Qué tan grande era la finca?

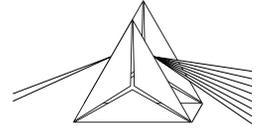
–Recuerdo que se extendía desde la carretera vieja número dos, hasta la colindancia con Río Hondo. ¿Cómo era su nombre? ¡Ah, tst, tst, el ácido viejúrigo! Ya recuerdo, recuerdo, “El Progreso”. Además, se me viene a la mente la casa principal, tenía techo de cuatro aguas, con un balcón a la vuelta redonda y paredes de madera del país. Era una típica casa de hacienda colonial española de la bajura.

–¿Aito, llegaste a conocer al dueño?

–Sí, hijo, era don Roberto Ramos Bravo y, a su muerte, pasó a su hija, doña Felipa Ramos Rigobert. Estaban emparentados con los dueños de la central. A la hija de don Roberto la llamaban doña Fefa.

–Abuelo, entonces era una señora de “chavoh”.

–Sí y no, hijo. Doña Fefa pudo haber tenido tremenda finca, pero su esposo casi la llevó a la bancarrota. Era la dueña porque lo heredó de su padre, pero, al éste morir, ella no sabía cómo administrar una hacienda y tuvo que cederle ese trabajo a su esposo. Éste era un mujeriego y alcohólico; además maltrataba verbalmente a doña Fefa, la ridiculizaba frente al público. Hasta le hizo cinco muchachos. Y la estoica mujer



aguantó todas las estupideces de esa porquería. No sé cómo lo hacía. Una vez no soportó más y hasta trató de suicidarse. Este suceso lo recuerdo claramente porque estuve presente.

–Aito, ¿de verdad?

–¿Quieres que te la cuente completa? Porque si es así te tienes que sentar, ya que es una historia larga. Y sé que a ti te gustan estos relatos de estos barrios que muy pocas personas conocen.

–Pues déjame arrastrar el sillón cerca de ti para que me cuentes ese chisme.

–Recuerda, hijo, un chisme en gran parte es falso y puede calumniar, pero esta historia es cierta, cualquiera puede constatarlo. No añadido, no quito. ¿Te lo cuento?

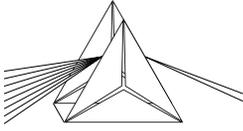
–Sí, Aito, por favor comienza

–Debemos remontarnos como a 1932 ó 1933, sí, por ahí, por ahí. Recuerdo a Doña Fefa como una mujer joven, pero que al llegar a los 30 años ya parecía una de 60. Se puede esperar esa forma de envejecer de una mujer pobre, que viva en la total miseria, pero no de una mujer que pertenece a la clase terrateniente. ¡No, no! Te debo mencionar que cuando doña Fefa se casó tendría como 22 años; fue como para 1922; bueno, si el ácido viejúrigo no me falla. Era una mujer guapísima, preciosa, muy fina. Me contaron que su madre murió al parirla y su papá se hizo cargo de criarla, con cariño y ternura. La envió a los mejores colegios de niñas del momento. Tengo entendido que estudió hasta en la Milagrosa y tuvo la oportunidad de estudiar en el Politécnico de San Germán. Creo que fue de las primeras mujeres en la Isla en hacerlo; además, en aquellos años no cualquiera estudiaba y menos en un sistema o instituto universitario.

Don Roberto estaba muy orgulloso de su hija. Pero, hijo, siempre el demonio apestoso se hace presente y, en este caso, la joven se enamora de Luis García Orlandini, un busca pleito y un mujeriego. Este tipo dominaba la profesión de la vagancia. Papá decía que nunca había dado un tajo, ni en defensa propia. Fue una boda preciosa. Y lo más triste, fue que a los seis meses del casamiento había muerto el hacendado. Doña Felipa, que ya estaba preñada, sufrió grandemente su muerte. En ese dolor de desespero cometió un error gravísimo, le entregó la rienda de la hacienda a su “queridísimo, guapo y honesto” esposo.

–Aito, por favor, no te me pongas irónico.

–Oh, perdón hijo. Es el recuerdo y el engaño que se estaba cometiendo. Se cuenta que la quinta vez que la preñó, esa acción fue a la fuerza, en otras palabras la violó. La señora no quería estar con él, ya se



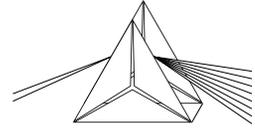
había cansado. Las mujeres que trabajaban en la hacienda le tenían miedo porque si se descuidaban, en el algún paraje solitario, podía violarlas. Pero como Luis era el “señor, el Don, el hacendado, el terrateniente, el dueño” no se podía señalar o acusar ante las autoridades. Tengo entendido que los jueces y los jefes de la policía de Mayagüez comían y festejaban con él, en los dos casinos que había en el pueblo.

–Aito, ¿en el pueblo había dos casinos?

–Sí, el de los negros y el de los blancos, pero esa es otra historia para otro día. Mira nene, la dueña tenía que administrar la hacienda, pero él manejaba el dinero. ¡Qué clase de negocio! Llevó a la hacienda casi a la bancarrota. Si no es por papá, que en su tiempo libre le ayudaba, casi se queda en la calle. Recuerdo que mami le enviaba comida para sus hijos y para ella, porque hubo meses que no tenían dinero y, por lo tanto, casi no comían. Un día papá y mami le aconsejaron que lo dejara, que le pusiera el divorcio, que no podría seguir siendo una mujer sumisa. Ella le contestó que le había prometido a su padre que García iba a ser su esposo hasta la muerte y, además, había hecho el voto matrimonial ante el altar de la Iglesia Católica. Por lo tanto, no iba a romper la promesa porque para ella lo prometido siempre se cumple. La acción y la conversación de doña Fefa y mis padres casi nadie lo supo. ¡Pero, hijo, eso es el colmo, el trabajador alimenta físico y mentalmente al terrateniente! ¡Qué ironía de la vida! Este comportamiento se parece en algo a la novela Misericordia de Benito Pérez Galdós. Mira, deberías leerla. Después hay expertos que dicen que las novelas y los cuentos son pura ficción.

Cuando yo estaba en el primer año de Colegio, recuerdo que ya doña Fefa era una mujer decaída, extremadamente vulgar y miserable, prácticamente un esperpento. Se decía que la veían caminar y lamentarse durante las noches por la hacienda. Llegó al colmo que muchos trabajadores creían que era un aparecido, pero era simplemente la pobre señora que se refugiaba en su vagar por la finca en búsqueda de la tranquilidad que hacía años no encontraba.

Oye lo que sucedió una vez. Una tarde, tu bisabuelo me envió con un recado a casa de don Dupré, en Río Hondo y decidí acortar por la hacienda de doña Fefa. Tomé el camino principal de tierra de la finca y casi llegando a la colindancia con Río Hondo me encontré con doña Felipa, que salía de una vereda que dividía unas piezas de caña. Observé que llevaba una sogá larga y, además, no se había dado cuenta de mi presencia. Era verdad lo que decían los trabajadores, parecía un fantasma. No llevaba rumbo. Se me vino a la mente, ¿qué va a hacer esta señora? Y



me atreví a preguntarle.

–Buenas tardes doña Fefa, ¿pasa algo?

Giró la cabeza y me contestó: –Ehh, nene, ¿y los estudios cómo van? ¿Ingeniería estudias, verdad?

–Así mismo, los estudios van muy bien.

Y le pregunté: –¿Doña Fefa y la sogá para qué la quiere?

Tranquilamente y con firmeza me dijo: –Tus padres han sido mis padres y tú me has ayudado desde pequeño con las tareas de la finca y con el cuidado de los niños. Te voy a decir la verdad, me voy ahorcar. No aguanto más esta vida. No aguanto que me humillen más.

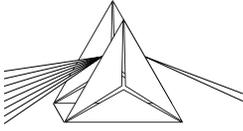
Cuando oí aquella confesión me quede perplejo, no lo podía creer y no me quedó más remedio que reclamarle: –Pero doña Fefa, ¿y los niños? Es lo más importante que usted tiene, si usted vive para ellos, sin importar los sucesos a su alrededor. Usted siempre ha sido una buena madre. Papá siempre me ha dicho que a veces caemos en un hoyo y es difícil salir, pero si nos lo proponemos salimos. ¡Usted puede!

Me contestó: –Los niños van a estar bien. Hace cuatro años logré que una casa aseguradora, en la calle Comercio, me vendiera un seguro de vida en caso de accidente, enfermedad y, además, logré que incluyeran suicidio en caso de problemas mentales. Me costó muy caro, demasiado caro, madre mía lo que hice; pero lo obtuve. Y así me defiendo, porque el descarado de mi marido lo que ha hecho es volverme loca los años que nos conocemos. Este seguro garantiza, a mis seres queridos, la cantidad de \$30,000.00. Mira nene, por otra parte, mi prima, la que vive en la calle Méndez Vigo, se hará cargo de ellos y, lo más importante, es que ellos la adoran. Su futuro está seguro.

En un momento, al darme cuenta del comportamiento alocado de la hacendada decidí quitarle la cuerda, pero se dio cuenta de mi acción y sacó de un bolsillo de su traje un cuchillo largo, lo cogió con una mano y me dijo: –No te me acerques. Te aprecio con todo mi corazón y no te quiero cortar. Déjame sola. Y si crees que no me atrevo, pregúntale al hijo de la gran puta de mi esposo lo que le hice.

–Fefa, ¿qué hizo?

Lloriqueando me explicó: –Llegué de la iglesia y me lo encontré en mi cama matrimonial con la puta esa, que vive en una de las casas en la curva de los Bravos. Y le pregunté: “Luis, ¿qué haces? Mira, demos gracias a Dios que los niños se quedaron en casa de mi prima. ¿Te imaginas que hubiera pasado? ¿Y si te hubieran encontrado en esa facha?” Con estas palabras me contestó: “te contestaré: primero que nada, déjate de



mierda, tú sabes lo que estamos haciendo y los niños que aprendan. Vete a la cocina y nos traes café para los dos, hazlo rápido so pendeja, que tienes que firmar unos papeles”. Le pregunté: “¿qué papeles?” Y él me contestó, que pensaba vender unas cuantas cuerdas de la finca para sacar dinero. Mientras tanto, la puta mostraba su sonrisa de poder. ¡Qué desfachatez!

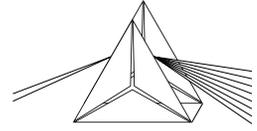
A mí, a mí, tratarme en esa forma en mi casa. Podía permitirle que tuviera numerosas amantes, pero fuera de la casa. Podía dejar que me insultara, pero vender mi casa, mis tierras, el hogar que fue de mis abuelos y de mis padres, ¿dónde quedarán nuestros hijos?, conmigo se equivocó. Como le hice una promesa a mi padre de mantener el hogar unido y, eso incluye la hacienda, decidí ir a la cocina y, en vez de llevarle café, empuñé este cuchillo. Fui al cuarto y me tiré en contra de los cotorritos. Quería cortarles los “güevos” pero no pude y solamente logré hacerle una cortadura en el muslo. Por lo menos, a la puta pude acorralarla y le corté la cara. Nene, corrieron, como dos puercos heridos y salieron desnudos por las ventanas. Su amante ya no se sonreía y con un papel que encontró en la huida se tapaba el cachete herido. Desde el batey, los muy sinvergüenzas, como Dios los trajo al mundo, me insultaron y me gritaron que me iban a denunciar a la policía, además de demandarme. No les contesté y decidí suicidarme para no aguantar la vergüenza que se me avecinaba. ¡No quiero vivir más vergüenzas!

Entonces la interrumpí y le replique: –Doña Fefa, piense en sus hijos.

–¡Cómo te dije, ya pensé en ellos, nada más!– me gritó.

–Doña Fefa, usted es muy católica. Piense en esa acción. Recuerde que la Iglesia Católica castiga al suicida.

En aquel momento me dijo: –Los dirigentes de la Iglesia son unos hipócritas. Hijo, llevo años visitando a los párrocos que han pasado por el pueblo, sean puertorriqueños o americanos, y me dicen lo mismo: que tengo que aguantarme como una verdadera mujer cristiana; que el matrimonio es hasta la muerte; y siempre me dicen que Cristo sufrió más en la Cruz. Oye nene, los padres dicen toda esa mierda porque son amiguitos de beber ron con Luis. Mi esposo les paga lo que se beben, lo que se comen y hasta otros servicios que se encuentran en Trastalleres y el Rabo del Buey; además le da un diezmo semanal, mientras que nuestros hijos han pasado hambre. ¡Qué cojones tiene Luis! La caridad comienza por casa. Lo último que estos beatos me dijeron es que mi esposo es un hombre bueno porque cumple con el hogar y con la Iglesia; y como mujer



debo estar orgullosa por tener un marido como él. Se nota que no viven, no se acuestan con él y no le tienen que aguantar sus abusos. ¡Qué se raspen “pal carajo” estos padres! Te juro por mis muchachos que si no fuera porque tengo en mi mente el suicidio, no volvería más a la Iglesia.

Entonces le expuse: –Deje la Iglesia a un lado y piense en Dios.

–Nene, ¿dónde estaba Dios cuando Luis dejó sin comer a sus hijos por unos cuantos días? Porque fueron tus padres y tú los que me ayudaron. Esa porquería de mi marido me cogía cuando a él le daba gana y no podía denunciarlo, porque la mujer debe ser pendeja. En el barrio se habla de que el último hijo que nació se procreó debido a una violación, mentira. Desde el primero hasta el último han sido violaciones. No se dieron cuenta que por esa razón fue que me casaron con ese tipo. Él juró y convenció a mi padre de que se haría cargo del atropello y que respondería casándose conmigo y mi progenitor cayó. Nene, algo que me ha atormentado es que mi papá no quiso oír mi versión sobre la violación. Para el colmo, fui a la policía y se rieron a carcajadas. Al fin y al cabo, tuve que aceptar sumisamente ese casamiento. ¡Ay padre, cómo te quise, pero ahora te odio por entregarme a esa porquería! ¿Por qué? ¿Por qué?– gritó doña Fefa desgarradoramente.

–Hijo, se echó a llorar y guardé silencio, observando su miseria. Entonces se secó las lágrimas como pudo y continuó hablándome.

–Mijo, perdóname el lloriqueo, pero necesito desahogarme. Ahora Luis quiere vender la hacienda; mi hacienda; mi herencia; mi seguridad. Al menos, mis niños estarán en buenas manos y la finca está a nombre de ellos, así está arreglado con los abogados; por lo tanto, él no puede quitársela completamente.

–Pero doña Fefa...

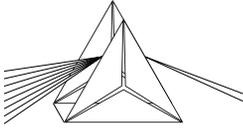
–¡No me hables, no me molestes, ya está tomada la decisión! ¡Si te me acercas te corto y yo cumplo lo que prometo!– me gritó.

–Aito, tenías tremendo problema.

–Así mismo, hijo, y no podía pedir ayuda porque era un paraje solitario. Su locura la dominaba y, al mismo tiempo, empuñaba un cuchillo con un filo brillante. Solamente, se me ocurrió preguntarle en dónde se iba ahorcar.

–Aito, por favor, que ocurra. Creo que me estás cogiendo de lo que no soy.

–¡Qué podía hacer! Eso fue lo que se pasó por mi mente con mi poca experiencia de vida. Te juro, por mis padres y mis abuelos, que es cierto lo que te estoy contando.



–Seguro, Aito, están muertos hace años.

–Bueno, ¿quiere que te cuente o no?

–Aito, perdona, es para molestarte, por favor sigue. Esto está buenísimo.

–Entonces, me dijo: “aquí cerca hay un naranjal. Colocaré la soga y me ahorcaré”.

–Nene, la hacendada se dirigió al palo y la seguí a distancia; mirando a todos lados para ver si aparecía alguien para que me ayudara, pero nadie aparecía. ¡Qué desespero! Vi que midió la soga a ojo y trató de lazarla a una rama. Y le dije: –Doña Fefa recuerde que estos palos son muy vidriosos y son gomosos, de nada se parte la rama. Mejor busque un árbol fuerte. Además, éste está lleno de espinas. Debe ser difícil subirse en un tronco así. Creo que sería más doloroso el subir y el tirarse, que el ahorcarse.

Doña Fefa me dijo: –Creo que tienes razón, voy a buscar otro árbol: mierda de palo.

Siguió caminando y llegó a la guardarraya de la finca con el barrio Sábalos y observó un gran árbol de almácigo.

Y exclamó: –Este es un árbol grande y fuerte y, por lo tanto, resultará.

Y a distancia le dije: –Fefa ese es otro árbol vidrioso. Recuerde que se siembra para marcar las colindancias.

Me miró con enojo y dijo: –Por segunda vez tienes razón. ¿Pero no hay un palo fuerte en esta finca que aguante mi peso? ¡Qué jodíos palos!

Entonces habló en voz alta y dijo: – ¡Allá hay un quenepo! Ese me debe aguantar y así espiraré en paz. Y ese no es vidrioso, ¿verdad chico?

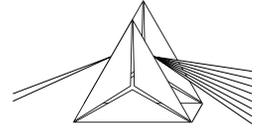
Y le dije: –Pero, doña Fefa, el quenepo es un buen árbol. Aguanta el peso de cualquier persona, siempre y cuando, el palo tenga más de veinte años de existencia. Ese es un quenepo joven. No se lo recomendaría.

La señora miró al cielo y exclamó: – ¡Ay Dios, se nota que tampoco hoy es mi día! Trato de suicidarme y tampoco para eso sirvo. ¡Por favor ayúdame! ¡No existe en esta finca un árbol digno para poder ahorcarme limpiamente y así poder morir! Además, aconséjame, ¿cómo puedo quitarme de encima a este chico entrometido?

Y me gritó: –Oye, Mijo, que estudias.

Le contesté, muy extrañado: –Ingeniería.

Doña Fefa contestó: –¡Ingeniería, estás perdiendo el tiempo,



deberías estudiar agronomía, botánica o algo parecido! ¡Cómo jode! ¡Ave María Purísima!

Entonces con alegría me dijo: –Hay un árbol que nadie puede negar que es fuerte y viejo.

–Hijo, entonces veo que se encamina hacia los árboles de mangó. Ahora si la cosa está fea. En esa área la casa más cercana está como a quince minutos. ¿Qué haré para que esta mujer no cometa una estupidez? Se encamina y llega al árbol de mangó grande; el que ahora quieren talar. Y para mala suerte la sogla la tira y, de la primera vez, logra enlazar una rama para formar la temible ahorca. ¿Qué hago? ¡Qué desespero!

Entonces bramó: –¡Al fin me podré ahorcar en paz! Al fin cumpliré algo como debe ser; lo prometido debe cumplirse.

Miré con desespero de lado a lado. Lo único que se me ocurrió fue detenerla aunque me corte, porque tiene el cuchillo en mano. Vi con horror como se trepó a una rama baja y colocó alrededor del cuello la ahorca. Entonces en ese momento se me ocurrió una locura, una mentira para tratar de salvar la situación y le pregunté rápidamente: –Doña Fefa, una pregunta antes de suicidarse.

Y me dijo: –Mira, Mijo, ¿qué pasa ahora? ¡Qué mucho jodes! No puedes hacerme la pregunta más tarde. ¡Dime!

–Usted me dijo que le dejaría los niños a su prima, la del pueblo.

Afirmó positivamente con la cabeza.

–No sé, si usted sabe que su prima es amante de su esposo. Todo el pueblo de Mayagüez lo sabe. Por lo tanto, sus hijos no van a estar seguros. Si no me cree, pregúntele a mamá. Usted confía con su vida en mami y ella siempre dice la verdad, ¿pregúntele?

Observé como titubeaba y me miraba con ojo de incredulidad. De pronto vi cómo se quitó la sogla, se bajo de la rama y se me acercó, con la mano izquierda empuñando fuertemente el cuchillo y me preguntó.

–¿Estás seguro?

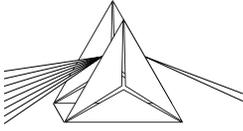
Y nerviosamente asentí con la cabeza.

Mis oídos casi estallaron al gritar la señora: –¡A esa puta de mi prima me la como viva!

Eché a correr por el camino de tierra, de vuelta a la casona, con el cuchillo en mano como una loca. Me dio tiempo de correr derecho, cortando a través de las piezas de caña, hacia mi casa, para avisarles lo que estaba pasando a mis padres.

–Aito, ¿y qué pasó con doña Fefa?

–Bueno, nene, mis papás y unos vecinos la detuvieron en la misma



militar, la vieja número 2, le quitaron el cuchillo y llamaron a un médico que la sedó. Entonces avisaron a la prima y convencieron a doña Felipa que había sido un engaño para que no cometiera esa estupidez.

—¿Y su esposo y la finca, dónde quedaron?

—Doña Fefa, al pasar los días, se recuperó de su momentánea locura y contrató a un excelente abogado, a Alfonso Lastra Chárriez. El licenciado le presentó cargos a Luis y logró el divorcio. No tuvo que darle un centavo a su esposo. Un día, me dio las gracias y me dijo que se alegraba de no haber cumplido esa terrible promesa.

Con respecto a la hacienda, fue la más próspera de toda el área oeste, aun después de haber cerrado la central. La propiedad sobrevivió la época de expropiación para construir fábricas y la división de parcelas. Y doña Fefa, a cada rato, les hablaba a sus hijos sobre el valor de la tierra y el placer de tenerla. Para ella, era sumamente importante ponerla a producir, sin importar el fruto o la legumbre que fuera. Los seres humanos siempre van y vienen, pero la tierra para cultivar siempre está ahí, repetía. Les hizo prometer que nunca venderían la tierra. Además, les enseñó la importancia de la responsabilidad, el mantener la palabra ante todo y que el errar es de humanos.

—Abuelo, ¿y los hijos?

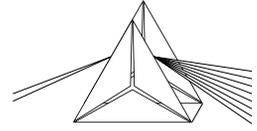
—La muchacha y uno de los varones son abogados, el mayor es ingeniero, uno es legislador PNP y otro es director de escuela. Ella los educó, les pagó los mejores colegios privados y universidades norteamericanas.

—Pero Aito, ¿para doña Fefa la casa era importante al igual que la tierra?

—Sí.

—Pero, hoy día, en esos terrenos existen tres urbanizaciones.

—Hace como quince años, doña Fefa estaba cansada, vieja y llena de achaques, tenía alrededor de ochenta y pico de años; y, por lo tanto, decidió dejarle, legalmente, a sus hijos la administración de la vieja hacienda. Se fue con su hija a Estados Unidos. Pero los hijos querían hacer capital con facilidad y, a espaldas de ella, vendieron la finca para urbanizarla. Mi mamá, que todavía estaba con vida, se comunicó con doña Fefa para preguntarle cómo estaba de salud y si tenía planes de regresar. En la conversación relució la construcción. Allá confrontó a su hija y ésta le dijo la verdad respecto a la venta de los terrenos. Tengo entendido que le exigió a la hija regresar a la Isla, y del aeropuerto fue directamente a ver la construcción. Los cinco hijos estaban presentes y



doña Felipa no dijo nada; solamente se dedicó a observar la siembra de concreto y, al fin, les pidió que la llevaran a la casa de la prima del pueblo que todavía vivía. Llegó a la casa de su parienta, la saludo y se sentó en un sillón por horas, sin hablar, muy pensativa.

En la noche llegaron los hijos y, después de los saludos, ella les preguntó: “¿qué habían aprendido sobre el valor de la tierra y de las promesas?” El hijo mayor le replicó que se vivía en otro mundo y no querían ser agricultores. Los cinco preferían dinero rápido para vivir la vida a plenitud. No estaban dispuestos a hacer sacrificios; ese comportamiento es cosa del pasado. Doña Felipa les objetó, los regañó y les recalcó la importancia de mantener la palabra; pero uno de ellos le expresó que ella les había cedido la finca y, por lo tanto, podían hacer lo que les diera la gana con las cuerdas. La hija remató y le dijo: “eso es lo que hay, si no te gusta lo sentimos, tenemos derecho a gozar la vida ahora”. Doña Fefa no dijo nada más, se levantó y se fue a su cuarto.

–Aito, que triste humillación, mucho trabajo y sacrificio para nada.

–Así es nene. Recuerda, la tierra es lo único que tenemos para producir, alimentarnos y vivir. No podemos dejárselo a esas porquerías que se llenan la boca con la palabra progreso.

–Abuelo, me imagino que doña Fefa habrá muerto de pena y de tristeza.

–Hijo, al otro día, cuando se levantaron, en la casa de la prima, se dieron cuenta que doña Fefa no estaba. Se formó un “sal pa fuera”. ¿Cómo una señora tan delicada de salud pudo haber desaparecido? Buscaron por el área, llamaron a sus hijos, a la policía, hasta fueron a la casa de mis padres.

Entonces un obrero de la construcción avisó a la policía que una señora, muy mayor, calmada y silenciosa se bajó de un carro público, entró a la obra sin finalizar y, sin hacer caso a la advertencia y gritos de peligro, se dirigió a la parte posterior de la construcción, mejor dicho, lo que era el sector antiguo de la hacienda. La policía fue a buscarla, pero no la encontraron. Alguien les dijo que quizás había cruzado al otro terreno que un tiempo era parte de la finca original; y que lo habían vendido a una lechería para pastoreo.

Oye, Nene, a doña Fefa la encontraron colgada en el árbol de mangó. Se había ahorcado y, algo muy extraño, creo que con la misma sogá que lo había intentado la primera vez...bueno. Un policía, en un bolsillo del traje de la anciana, encontró una nota con la siguiente frase: “lo prometido siempre se cumple”.